

La semiótica hispana ha perdido a su referente más destacado, tanto por su conocimiento sobre sistemas semióticos diversos —supo estudiar el discurso histórico, la moda, el lujo, la persuasión, la transparencia o el secreto— como, también, por su gentileza para tender puentes y abrir puertas con generosidad; esto último, tal vez, muy propio de su origen insular, lejos de la centralidad metropolitana. Para quienes transitamos los caminos del sentido en Argentina, Jorge Lozano era nuestro nexa más inmediato con la semiótica de inspiración lotmaniana.

Lo conocí personalmente en 2012, en ocasión de una estancia en el GESC, y quedé admirada con su sabiduría galante. Tenía la agudeza para reconocer esos procesos que, para muchos, pasan completamente desapercibidos y la capacidad para explicar fenómenos complejísimo con la sencillez de un traductor. Lo oí defender, con erudición apasionada, la eficacia cognoscitiva de la disciplina y el oficio que ejercía. Su muerte, como la de su amigo Paolo Fabbri, marca, sin duda, el confín de una época.

Natalia Raimondo Anselmino